



iMadre!, el nuevo “desmadre” de Aronofsky

(Mother!, Darren Aronofsky, 2017)

Como otras veces, Aronofsky destaca por su capacidad para generar polémicas. Su paso por el festival de Venecia, incluso la posibilidad de verla en San Sebastián en la víspera de su estreno en España ha servido para “alentar” expectativas, recuperando resonancias bíblicas egocéntricas de la ya casi olvidada, como a mi juicio olvidable, *Noé* (2014). Pero en esta ocasión no hay una interpretación explícita de las sacras escrituras, sino una *¿fábula parabólica?* que requiere interpretación para *aronofskianos* de nivel avanzado, o al menos es lo que se deduce de la lectura de algunas críticas que han servido para rellanar, o vaciar, no sé, un poco más los muchos parches o agujeros de significado que me produjo el abrumador visionado de *iMadre!*

No encontrándome entre ellos, entre los teólogos incondicionales del director de *Brooklyn*, pese a la admiración por películas de referencia en cada momento, como *El cisne negro* (2010), *El luchador* (2008), *Requiem por un*

sueño (2000) o *Pi, fe en el caos* (1998) y el respeto que Darren Aronofsky merece por méritos propios, mi primera interpretación de la película fue perezosa, no solo por salir del cine con la sensación de no haber entendido

demasiado sino más bien por la sensación de que tampoco sentía mayor interés por buscar interpretaciones de imágenes con tal capacidad de egocentrismo, de onanismo salpicado de *horror movie*, también podría decirse impacto de un thriller presuntamente terrorífico, tal vez porque esta simple condición, la del *horror movie* por el *horror movie*, o esa desmesurada ambición de acuñar *películas de culto* para provocar rupturas y dislates me parece un anacronismo. Afirmación tal vez difícil de sustentar, pues la moda es cíclica y cualquier recurso reiterado u obsolescente acaba por convertirse en novedad cuando uno menos lo espera, o ni tan siquiera lo desea; y sin embargo, por aquí y allá aparecen críticos avisados para apalear el guindo yemerger con aclamaciones a la *perturbadora demencialidad*, que a algunos incluso les parece regocijante, algo siempre respetable, aun cuando a otros nos desconecte, o nos haga bostezar.



El Aronofsky de *Mother!* vuelve por los feros y los desaferos de *La fuente de la vida* (2006) y nos hace recordar el día que el crítico Carlos Boyero la calificó esta película como “engendro”. El nuevo “engendro” aronofskiano carece de la estética psicodélica que envolvía a Rachel Weisz y Hugh Jackman, pero en ella se despiertan las

mismas sensaciones, incluso bastante superadas, de una atmósfera claustrofóbica en la que también emergen del caos, con encomiable dignidad, la interpretación de sus actores protagonistas: en este caso, Jennifer Lawrence y Javier Bardem.



Ha pasado más de medio siglo desde que Luis Buñuel creara esta fórmula de encerrar personajes en una casa y convertirlos en conejillos de indias a merced del juguete cinematográfico (*El ángel exterminador*, 1962), pero *Mother!* tiene también resonancias del comienzo de *El discreto encanto de la burguesía* (1972), tras la irrupción inesperada de una pareja en la casa de un matrimonio amigo, para originar un juego de despropósitos, multiplicándose un juego de absurdos, sucesos extraños y alardes de la imaginación propios del maestro del surrealismo cinematográfico. Lo que entonces fue novedad, incluso consagración burguesa del cine antiburgués, merecedora de un Oscar, con nominaciones a los Globos de Oro, premios de la élite crítica neoyorkina y

reconocimiento de los Bafta, etc, sigue pareciendo a algunos el colmo de la modernidad y la trasgresión. Lo cual demuestra, como decíamos, lo cercanos que pueden estar a veces la moda, el elitismo intelectual, la parabólica revelación iluminada y el renacer de la obsolescencia, que perciben como un aire fresco lo tal vez para otros sea tórrido e irrespirable.

En el juego, más lúdico que moral, que propone Aronofsky son los personajes interpretados por Michelle Pfeiffer y Ed Harris los invasores de la intimidad de un matrimonio, desencadenando una orgía invasora a la que se suman las multitudes; todos los simbolismos críticos que el cineasta propone tienen como denominador común la sangre y la violencia extrema. Llega un momento que los propósitos y despropósitos y las liturgias de un extraño canibalismo lúdico llegan a tal extremo que el *thriller* de terror roza la hilaridad de una desmadrada comedia negra, satírica y surrealista, al modo de *La grande bouffe* (1973), la última gran colaboración exitosa del tandem Ferreri-Azcona, por seguir acumulando referencias cinéfilas pasadas de moda, o clásicas, según se mire.



Un mosaico dramático de irreverentes iconografías abierto a la interpretación de quienes pretendan manejar el catecismo *arofnoskiano*, haciendo del despropósito un noble propósito, el de desvelar los simbolismos personales de

tan egocéntrico universo. He leído interpretaciones *tutifrutti* o para todos los gustos, a partir de esta extraña invasión en la vida íntima de un poeta y su esposa, fuente desmedida de la acumulación surreal de sucesos horripilantes, inspiración desbordada por un ejército de verdaderos *zombies*... Cuando el juego es retorcer el rizo de la sorpresa ya nada la causa, cualquier acontecimiento sirve para la acumulación, es como si a partir de la ebriedad con coma etílico seguimos injiriendo vodka sin límite...



He leído en críticos más lúcidos ante el jeroglífico que el autor de este artículo, referencias de actualidad a la invasión de Irak, las luchas feministas, el éxodo de los refugiados y los movimientos migratorios, o la vampirización creativa propia de los tiempos en que se han multiplicado hasta la saciedad las secuelas de *Crepúsculo* y las series de vampiros...; al Génesis y el Apocalipsis y, nunca mejor dicho, a la madre que lo parió, como suele decirse, pues aquí tampoco falta un alumbramiento, un niño que hubiese podido ser cualquier otra cosa, una tortuga o un sapo, que todo es posible una vez que se desatan los monstruos de la imaginación.





Puestos a escenificar, como se ha dicho, la corrupción de la Madre Naturaleza (¿), la alegoría sobre la relación destructiva entre el hombre y su medio natural en forma de “parábola medioambiental” (¿) o “la fuerza cinemática del discurso sobre la ansiedad en la lógica del microcosmos” (¿), la pregunta es si los ciento veinte minutos de *Mother!* hubiesen sido más digeribles en un videoclip, una web serie en píldoras alucinógenas o sencillamente, en una biblia satánica por entregas, sin disfraces. Entre polémicas intelectuales “a la francesa” y “críticas vomitivas” a la española, es justo reconocer que el universo egocéntrico de Aronofsky tiene sus seguidores, cinéfilos ilustrados, incluso quienes encuentran la película “demencial y perturbadoramente divertida”, lo cual es muy respetable y seguramente meritorio aunque tan sólo sea como antídoto ante la indiferencia.

Algo de lo que desde luego no se puede acusar al iluminado Darren Aronofsky.



Título original: *Mother!*

Año: 2017. Duración: 120 min.

Director:

Darren Aronofsky

Guion:

Darren Aronofsky

Música:

Jóhann Jóhannsson

Fotografía:

Matthew Libatique

Reparto:

Jennifer Lawrence, Javier Bardem, Ed Harris, Michelle Pfeiffer, Domhnall Gleeson, Kristen Wiig, Brian Gleeson, Cristina Rosato, Marcia Jean Kurtz, Ambrosio De Luca, Hamza Haq, Anana Rydvald, Arthur Holden, Bineyam Girma, Jaa Smith-Johnson, Xiao Sun, Jovan Adepo, Eric Davis, Emily Hampshire

Productora:

Protozoa Pictures. Distribuida por Paramount Pictures

<https://www.filmaffinity.com/es/film594704.html>

<http://www.imdb.com/title/tt5109784/>

www.elpuenterojo.es